

Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990

Tierra  fuego
del

La Glasnost y la crisis de los Partidos Comunistas

Ernest Mandel

El pretendido “movimiento comunista internacional” está hoy mas profundamente dividido de lo que estuvo en cualquier otro momento de su historia. La crisis de las Sociedades del Este ha dado origen a una grave crisis ideológica y moral, pero es sobre todo la actitud de los partidos comunistas frente a la glasnost lo que revela con más claridad esta crisis.

Definimos la glasnost como el proceso de cambios políticos en curso en la URSS que amplía el campo del ejercicio de las libertades democráticas. Este proceso combina los efectos de las reformas políticas “por arriba”, con restos de represión e intimidación, con la tolerancia de hecho de actividades e iniciativas autónomas “por la base”, inclusive aquellas que no están contenidas en la legislación vigente.

Tres tendencias.

Simplificando, se podría decir que hay tres tendencias internacionales que se reclaman del comunismo por cualquier razón: la tendencia pro-Gorbachov, que dice sí a la glasnost, sí a la perestroika y sí a los “acuerdos regionales” en colaboración con el imperialismo; la tendencia conservadora, que dice no a la glasnost, sí a la perestroika y sí a los “acuerdos regionales”; y la tendencia marxista revolucionaria que dice sí a la glasnost, no a la perestroika y no a los “acuerdos regionales”.

El hecho es que antes que nada la glasnost que divide tan profundamente al llamado “movimiento comunista internacional” tiene raíces más profun-

* Versión abreviada, texto completo publicado en “Inprecor para América Latina”, Nº 0, París, Noviembre 1989.

das. Las sociedades post-capitalistas burocratizadas (los Estados obreros burocratizados) atraviesan una crisis social de una gravedad excepcional. Todo mundo está consciente de ello, tanto en estos países como en el extranjero. La quiebra de “la economía y la política de mando”, es decir, de la dictadura burocrática bajo todas sus variantes es manifiesta. Y se acompaña de una crisis ideológico-moral no menos profunda. Todo mundo se plantea, entonces, esta cuestión: ¿cómo se ha podido llegar a ella?, ¿cómo enderezar el timón?, ¿cómo se puede salir de ella?, ¿es el socialismo el que ha determinado esta quiebra?, si no, ¿qué la ha causado?

La glasnost es el comienzo de un debate franco y abierto alrededor de estas cuestiones clave. Es una pre-condición absoluta para la búsqueda y el encuentro de una salida adecuada. En la medida en que este debate cuestiona inevitablemente la naturaleza misma de la burocracia, su poder, sus privilegios y sus principales resortes ideológicos, todas las fracciones de la burocracia se oponen a una glasnost integral. Las divergencias en torno a sus límites se imponen al debate sobre las causas y los remedios de la crisis.

Pero justamente el sistema sociopolítico de dictadura burocrática tal y como funciona en los hechos en la URSS y en sociedades similares y su identificación con el socialismo han sido desde hace más de 60 años la base de la identidad de todos los PCs en el mundo. Ciertamente, esta “unidad de hierro” fue puesta a prueba a partir de la victoria de nuevas revoluciones socialistas (Yugoslavia, China, Cuba, Vietnam, Nicaragua), que dieron a los PCs de estos países y a los sandinistas una base material y política independiente del Kremlin. Es cierto también que el desarrollo del “eurocomunismo” y fenómenos análogos, después del aplastamiento de la Primavera de Praga, quebrantó igualmente esta identidad. Sin embargo, en líneas generales, con la posible excepción del PC Italiano (y quizás ni éste), la URSS, el “socialismo realmente existente” y el “campo socialista” siguieron siendo un elemento de referencia para la gran mayoría de cuadros de los PCs, aún cuando el juramento de fidelidad ya no estaba exento de críticas algunas veces acerbadas. Pero incluso los críticos más duros no dejaron de repetir que, con todo, Kruchov (el XX congreso) y Gorbachov (la glasnost, la perestroika) habían salido de las filas del PCUS.

Ahora bien, las revelaciones y la dinámica de la glasnost afectan a esta referencia y a esta identidad en lo que tenía de más sagrado. Existen terribles injusticias, desigualdades y miserias sociales, así como graves fenómenos de opresión en la URSS. Crímenes no menos terribles se cometieron ahí. Esto es lo que la glasnost ha permitido revelar, denunciar y combatir. Este es un golpe de una gravedad excepcional para todos los PCs. Sus divisiones tienen

que ver esencialmente con la manera de asimilar este golpe.

Unos han puesto buena cara al mal tiempo. Esperan que la rectificación que, gracias a Gorbachov, podría operarse en la URSS los libere de sus apremios. La vieja legitimidad perdida del “socialismo realmente existente” podría ser reemplazada por una nueva legitimidad debido a un “socialismo de rostro humano en vías de construcción”

Otros se esfuerzan, por el contrario, en negar o minimizar la crisis a fin de evitar las repercusiones en sus propios países y/o partidos derivados de su revelación y los esfuerzos por superarla. Insisten, por esta razón, sobre todo en “los logros positivos” de las eras de Stalin y Brezhnev. Se oponen encarnizadamente a las revelaciones dañinas. Continúan defendiendo contra viento y marea los mitos del “socialismo realmente existente” y del “partido infalible”. De aquí proviene su salvaje hostilidad a la glasnost.

Pero negar la gravedad de la crisis del sistema que ha afectado a la URSS, Europa del Este y la República Popular China es negar lo evidente. Oponerse a su revelación es oponerse a una discusión franca sobre sus orígenes, sus causas profundas y los medios para remontarla. Es una batalla de retaguardia históricamente condenada al fracaso, incluso si puede ganar puntos temporalmente, como ha sido el caso de China después del violento aplastamiento de la Comuna de Pekín.

Ni lucha de “la derecha contra la izquierda” ni lucha de “revisionistas” contra “defensores del marxismo-leninismo”.

Los dos campos opuestos al seno del “movimiento comunista Internacional” no son o están uno “más a la derecha”, más “revisionista” y más “pro-imperialista” y otro “más a la izquierda”, más “marxista-leninista ortodoxo” y más “anti-imperialista”. Para llegar a esta conclusión, aplicamos la regla de oro establecida por Marx en materia política: hay que juzgar a la gente y las tendencias no en función de lo que dicen, y particularmente de lo que dicen de sí mismas, sino en función de lo que hacen. A la luz de este criterio, el juicio que acabamos de formular se apoya en pruebas sólidas.

La fracción de Deng Xiaopong no ha dejado un solo día, aún el de la masacre de la plaza de Tienanmen, de colaborar estrechamente (incluido el plano militar) con el Imperialismo. En efecto, una estación radar para captar señales provenientes de la URSS funciona en China dirigida en común por estadounidenses (el Pentágono y la CIA) y chinos. Esta misma fracción no ha dejado de apoyar a los regímenes pro-imperialistas más represivos en los pa-

íses del Tercer Mundo, como fue el caso de su apoyo al regimen de Zia en Pakistán o como es el caso de su colaboración militar con la dictadura thai. Estaba igualmente implicada en el suministro de armas a los “contras” nicaragüenses. ¿En qué sentido este comportamiento es más “anti-imperialista” que el de Gorbachov y sus aliados?

El regimen de Ceaucescu es, entre los de Europa oriental, el que más sistemáticamente ha colaborado con el Estado sionista. El regimen de Honecker es el que más integrado está a la CEE. Está además fuertemente subsidiado por el imperialismo alemán occidental. Los “reformadores” de Hungría y Polonia serían felices si recibieran una ayuda proporcionalmente comparable.

El rechazo de la glasnost

El rechazo de la *glasnost*, particularmente el rechazo al derecho de huelga, la libertad de asociación, la libertad de los trabajadores a constituir sindicatos y otros organismos de autodefensa de su elección. La libertad de expresión, el pluralismo cultural, la libertad de manifestación pública, no es nada “ortodoxo” desde el punto de vista marxista. Representa una revisión fundamental del marxismo. Identificar estas libertades con la “democracia burguesa” es oponerse a toda la tradición marxista en la materia, comenzando por los puntos de vista claramente expresados por Marx y Engels.

La democracia es burguesa cuando funciona para proteger y defender el poder y la propiedad de la burguesía. Sería muy difícil demostrar que el pluralismo político y el debate ideológico en la URSS cumplen hoy en día esta función. Y sería todavía más difícil demostrar que el derecho de huelga y la libertad sindical defienden la propiedad capitalista.

La idea defendida por Ligachov según la cual la pluralidad de partidos sería igual a la democracia burguesa no sólo revisa posiciones claramente expresadas por Marx, Engels y Lenin (al menos hasta 1920), sino que además deforma la historia: la Comuna de París, ¿era entonces una democracia burguesa? Y sin embargo, ahí había pluralidad de partidos. La Rusia de los soviets de 1918 a 1921, ¿era entonces una democracia burguesa? Y sin embargo, también ahí existía una pluralidad de partidos, y esto, en plena guerra civil, Nicaragua, ¿es una democracia burguesa? Y sin embargo, ahí todavía el pluralismo de partidos está presente.

Un ejemplo convincente es el ofrecido por la libertad de prensa. Esta está al servicio de la burguesía cuando la burguesía detenta el capital neces-

rio para comprar, corromper y manipular a la prensa y los medios de información. Pero como este poder nunca es total bajo un régimen donde existe libertad de prensa -lo que no es el caso bajo una dictadura- y como los trabajadores también pueden gozar de esta libertad, así sea de manera restringida, el movimiento obrero tienen interés en defender incluso la libertad de prensa burguesa contra las tentativas de restringirla o suprimirla.

Pero cuando la burguesía pierde su poder económico y político, cuando el poder del capital de apoderarse de imprentas, radio y televisión desaparece, la libertad de prensa deja de estar al servicio de la burguesía para convertirse en una libertad de las masas populares. Se trata entonces de garantizar el acceso de todas/os las/os trabajadoras a la prensa y los medios de información, como Lenin lo exigía. Y decimos correctamente de todos los trabajadores, no solamente de aquellas/os que se expresan como lo desean los dirigentes del partido o cualquier institución. En estas condiciones, restringir la libertad de prensa no es reprimir a la burguesía sino reprimir al proletariado y a las masas trabajadoras.

El contenido social de la *glasnost* se revela aún más claramente cuando los conservadores del campo *anti-glasnost* se pronuncian no sólo por una restricción -léase supresión- del pluralismo político y contra la libertad de prensa, asociación y manifestación. Se pronuncian también, y sin reticencias, contra la libertad sindical y el derecho de huelga (ver sobre todo la entrevista concedida por el dirigente de los conservadores húngaros al semanario *Der Spiegel* del 21 de agosto de 1989). Las declaraciones de Ligachov y Tchebrikov no son menos elocuentes. E incluso Fidel Castro no vacila en afirmar que los imperialistas se alegraron de las huelgas en la Unión Soviética que éstas serían, entonces y en cierto modo, "anti-socialistas" (todas las referencias al discurso de Castro del 26 de julio de 1989 están extraídos de *Granma Weekly Review* del 6 de agosto de 1989). Ya quisiéramos conocer a los capitalistas que se alegraron de la huelga de los mineros soviéticos o de las actuales huelgas en Polonia. Todas las informaciones de que disponemos prueban, más bien, lo contrario.

Peor todavía: los más activos entre los conservadores en la URSS, particularmente la famosa Nina Andreeva, adoptan posiciones chovinistas gran rusas y anti-semitas, claras y públicamente exhibidas (ver su entrevista al *Washington Post/ International Herald Tribune* del 2 de agosto de 1989). ¿Acaso estas posiciones son menos revisionistas que las de Gorbachov?

Además, esta ala es abiertamente estaliniana. Minimiza, si no es que justifica, los crímenes de Stalin, las grandes purgas de los años '34-'39 y '45-

'52, o la represión militar contra los trabajadores húngaros en 1956. Un gran retrato de Stalin se exhibió en el último congreso del Partido Comunista Marxista Hindú (CPL-m). Un grupo de antiguos policías y celadores estalinianos realizó una película titulada *Stalin está con nosotros* para apoyar a Nina Andreeva (*El País*, 20 de agosto de 1989). El congreso del Consejo Unido de Rusia, realizado en Moscú los días 8 y 9 de septiembre de 1989, reunió a un tiempo a conservadores del aparato, admiradores de la "autoridad fuerte" simbolizada por Stalin, paneslavistas antimodernistas y anti-occidentales tradicionales y a feroces anti-marxistas de extrema derecha. Incluidos los semi-fascistas (*Le Monde* del 16 de septiembre de 1989). Esta significativa unión está simbolizada por la persona de Alexandre Zinoviev, el violento satirista anti-soviético que en una sonora entrevista concedida a Nouvelles de Moscou (13 de agosto de 1989) exhaló a la vez su odio al socialismo y la democracia afirmó que la época de Stalin fue, con todo, "una gran época". El también acusa a Gorbachov de querer "occidentalizar" la sociedad soviética. Expresó también sus deseos de otro regimen voluntarista y estaliniano. ¿Qué relación tiene este repugnante cocktail con la "izquierda", la "ortodoxia marxista" o la "defensa del socialismo"?

Las posiciones del Partido Comunista Cubano

El PC cubano ocupa una posición aparte. La revolución cubana no ha conocido, hasta ahora, un grado de burocratización comparable al de la URSS, la República Popular China y los países de Europa Oriental. Esto resulta de una dialéctica particular entre los orígenes de esta revolución, sus principales logros sociales -notables desde cualquier punto de vista-, el papel de la dirección cubana y el mantenimiento de la participación de las masas en el proceso de construcción de una sociedad nueva, aún si su amplitud fluctúa y permanece dentro de dominios limitados. Fidel Castro continúa gozando de un prestigio real ante las masas. Además, la revolución cubana es el blanco de una agresión económica permanente de parte del Imperialismo, así como de una amenaza militar que nunca ha cesado. Sólo la revolución nicaragüense se encuentra en una situación de mayor amago.

En esas condiciones, el deber del movimiento obrero internacional y los marxistas revolucionarios es, hoy más que nunca, defender a la revolución cubana contra el imperialismo y sus apoyos regionales. Es también el de denunciar las presiones económicas que Gorbachov ejerce sobre la dirección cubana para llevarla a aceptar los "acuerdos regionales" y adaptar parcial-

mente su sistema económico a la *perestroika*. Estas presiones son inaceptables, aún cuando sin duda no llegará a una supresión radical de la ayuda.

Este deber conserva toda su validez independientemente de lo que se piense respecto al curso del PC cubano o a las medidas concretas tomadas por la dirección cubana. Si estamos en desacuerdo con algunas de estas medidas y actitudes, hay que señalar en todo caso que entre todos los componentes del llamado “movimiento comunista internacional” sólo el PC cubano une su oposición al *glasnost* a una condena al recurrir sin exceso a los mecanismos de mercado. Esta posición nos agrada, aún si sentimos que la solución de recambio propuesta (recurrir a trabajo voluntario) resulta insuficiente y, a la larga, irreal.

Por otra parte, apoyamos sin reservas las críticas apenas veladas de la dirección cubana a las propuestas de “solución de los conflictos regionales” a expensas de los movimientos de liberación de estas regiones. Pero expresamos igualmente el temor a que el PC cubano mismo termine por aceptar estas “soluciones”, al menos en el marco de América Latina.

En la medida en que la separación entre el Estado y el partido no se ha realizado, las necesidades de la *realpolitik* gubernamental dictan las actitudes del partido, contrariamente a lo que pasó en la Rusia soviética bajo Lenin. Por lo demás, la dirección cubana declara ya de manera abierta, contrariamente a lo que el Che pensaba, que la revolución socialista no está al orden del día en América Latina.

La defensa de la revolución cubana no puede hacerse con una actitud de admiración beata y acrítica como la que adoptaron, en su época, “los amigos de la URSS” o “los amigos de China”. Criticar lo que es erróneo en el comportamiento de la dirección cubana no perjudica a Cuba. Por el contrario, las críticas sirven a la revolución.

Castro contra la *glasnost*

Ahora bien, desde este punto de vista, los ataques abiertos de Fidel Castro y la dirección cubana a la *glasnost*, es decir, al proceso de democratización parcial en curso en la URSS, son contrarios a los intereses del proletariado soviético, el proletariado internacional, la revolución cubana y las masas trabajadoras de Cuba. Corren el riesgo, además de provocar una grave crisis de legitimidad de la dirección cubana a los ojos de una parte de estas masas, sobre todo los jóvenes.

Estos ataques, presentes desde el discurso que Fidel Castro pronunció el 26 de julio de 1989, han llegado a prohibir la difusión en Cuba de dos órga-

nos soviéticos: *Novedades de Moscú* y *Sputnik*. Estas son medidas que hay que condenar sin reservas. Corren el riesgo de ubicar a Castro y a la dirección del PC cubano en una alianza de facto con las tendencias conservadoras al seno del “movimiento comunista internacional”, es decir, con las tendencias más retrógradas, corruptas y represivas.

Para justificar la prohibición de la difusión de estos dos órganos soviéticos en Cuba, Granma afirma que ensalzan los métodos capitalistas en el terreno económico, defienden la democracia burguesa y los “valores burgueses”, deforman el pasado, y que, de esta manera, implican el riesgo de influir negativamente a una parte de la juventud cubana.

La acusación de “deformar el pasado” constituye una alusión transparente a la denuncia sistemática de los crímenes de Stalin. Fidel Castro habla, al respecto, de los “errores” cometidos por los PCs en el poder. El asesinato de un millón de comunistas. Y particularmente el del 90% de los comandantes del Ejército Rojo, ¿fue un simple error? Por razones de oportunidad política, ¿se debe continuar escondiendo la magnitud de los crímenes de Stalin?

La acusación según la cual *Novedades de Moscú* ensalza los métodos capitalistas en el terreno económico se encuentra fuera de lugar¹. A lo sumo, se puede decir que este semanario publica algunos artículos favorables a ciertos mecanismos capitalistas, como publica también otros que rediscuten la legitimidad de la Revolución de Octubre. Pero no hemos leído uno solo que defienda la restauración del capitalismo. Sin embargo, al lado de estos artículos se encuentran muchos otros que dicen exactamente lo contrario. La verdad es que la dirección cubana prohíbe un órgano de debate y discusión y no un órgano pro-capitalista²

Afirmar también que defiende “la democracia burguesa” es igualmente falso. Ya lo dijimos: luchar por la libertad de expresión, el pluralismo político e ideológico, el libre debate de las ideas, no tiene nada que ver con un combate por la “democracia burguesa”.

La tesis inversa presupone la infalibilidad y la omnisciencia de la dirección. Y esta tesis parece traslucirse en la fórmula utilizada por Granma el 9 de julio de 1989 comentando la ejecución de Ochoa: “*Cuando el partido habla, ni una sola palabra, ni una sola coma se apartan de la verdad*”

La desgracia es que mientras en el curso de los años setenta este partido proclamó el valor de los “mecanismos mercantiles”, hoy en día los condena como “métodos capitalistas”. Todavía recientemente condenó como “calumnia imperialista” toda crítica al Ministerio del Interior (es decir, a la policía). Hoy en día, sin embargo, denuncia ruidosamente los abusos de este ministerio.

El editorial de *Granma* del 10 de septiembre de 1989 llega incluso a afirmar la existencia de una “casta burocrática” en Cuba, cuando no hace mucho tiempo los militantes comunistas que expresaban una crítica aún más moderada en documentos internos eran encarcelados.

La corrección de estos errores, ¿no habría sido más fácil si se hubiera dejado expresar libremente a los críticos y si se hubieran debatido libremente sus opiniones?

En su discurso del 26 de julio de 1989, Fidel Castro afirma que “*el socialismo es una ciencia para ganar al pueblo a esta gran causa*”. Pero la ciencia no se alcanza de una vez por todas. Siempre está abierta a nuevos problemas. Para avanzar, necesita de la experimentación práctica, la confrontación de interpretaciones diferentes de una realidad siempre cambiante. Como Engels escribió en una carta enviada a la dirección de la socialdemocracia alemana: la ciencia no puede desarrollarse sino a través de la libre discusión. Esta es la razón por la que condenó severamente la tentativa de esta dirección de censurar y suprimir textos en sus propias publicaciones. ¿Qué habría dicho de la prohibición de un órgano de un “partido hermano”?

Para pensar que unos periódicos podrían volcar a una parte de la juventud cubana al campo pro-imperialista, habría que creer que los argumentos de la revolución ya no son capaces de neutralizar los argumentos de la contra-revolución, y que estimar que las medidas administrativas (la prohibición, la represión) constituyen el único medio eficaz de combatir las ideas falsas. Esto reflejaría una pérdida de confianza en la superioridad del pensamiento y la propaganda revolucionarios respecto al pensamiento y la propaganda burgueses. Reflejaría también una pérdida de confianza en la capacidad de las masas y la juventud para separar lo verdadero de lo falso, la justicia de la injusticia, sus intereses de los de los explotadores y los opresores.

En el curso de los años sesenta, durante la lucha contra la fracción de Arníbal Escalante, las posiciones antiestalinianas y anti-burocráticas de Fidel Castro alcanzaron su paroxismo. Pronunció entonces un discurso de un título llamativo: “La revolución debe ser una escuela de pensamiento sin cortapisas”. No era una posición “normativa” ni “utópica” sino eminentemente práctica, que corresponde a los intereses de la defensa de la revolución y permite una mayor eficacia en la construcción del socialismo.

Pero hoy en día las cortapisas a la libertad de pensamiento se multiplican en Cuba. Se intenta incluso justificarlas teóricamente. El abandono de la correcta tesis de antaño a favor de una tesis sustitucionista representa una penosa regresión ideológica -a la larga suicida- para la dirección del PC cubano.

Castro parece ahora colocar el peligro de la degeneración burocrática del Estado cubano en el centro de sus preocupaciones. Pero rechaza la glasnost, la democratización pluralista, el control institucionalizado de las masas a todos los niveles (económico, político y social). Para eliminar este peligro no le queda otra, entonces, que recurrir a la lucha burocrática (administrativa, represiva) contra la burocracia con, a lo sumo, intervenciones puntuales y teleguiadas de las masas. Esto es dirigirse hacia un fracaso cierto, como ya se vió en los casos de la URSS y la República Popular China

Las fuerzas sociales presentes.

La lucha de fracción entre el ala “reformista” y el ala “conservadora” de los PCs en el poder es una lucha inter-burocrática. Coincide, en lo esencial, con una diferencia de juicio y elección política sobre los medios más adecuados para salvar al regimen burocrático en estos países.

Pero esta lucha inter-burocrática está entrelazada con los conflictos sociales que oponen en la mayor parte de estos países (Cuba y Nicaragua son casos aparte) a cuatro fuerzas sociales principales:

- la cúspide de la burocracia (la nomenklatura), que goza de enormes privilegios materiales y se apoya en una amplia capa de burócratas medios y pequeños menos privilegiada. Tanto los “gorbachovianos” como los “anti-gorbachovianos” tienen sus asientos en la nomenklatura. Pero la mayoría de los burócratas es anti-gorbachoviana y sobre todo anti-glasnost.
- las masas trabajadoras, en lo esencial asalariadas pero que todavía comprenden a una mayoría de pequeños campesinos, como sucede en China y Vietnam.
- las fuerzas pequeño burguesas y los primeros núcleos de una burguesía media, tanto en el campo como en las ciudades.
- las “nuevas clases medias” asalariadas, es decir, la intelectualidad, que tienen un peso real sobre todo en la URSS, la RDA y Checoslovaquia, pero también aunque en menor medida en otros Estados obreros burocratizados y en Cuba.

Esta forma de abordar los conflictos en curso en la URSS y otros Estados obreros burocratizados privilegia como se debe hacer en un análisis marxista, los intereses reales de las fuerzas sociales presentes por sobre el aspecto ideológico, incluido el manifiesto, de las posiciones políticas. Esto no implica en lo absoluto una subestimación del papel de la ideología en la lucha política.

Al codificar la política de progresión gradual neo-socialdemócrata- admitida por los PCs desde hace varias décadas-, al sembrar ilusiones sobre la naturaleza potencialmente “pacífica” del imperialismo, al dejar entrever la posibilidad de arreglar las principales contradicciones de nuestra época no a través de la lucha de clases sino a través de la colaboración de clases, y al entonar loas sin reservas al mercado, el “nuevo pensamiento” de Gorbachov, y sobre todo el del ala resueltamente antimarxista de sus consejeros, lleva agua al molino de la socialdemocracia internacional e incluso al de la ofensiva neo-liberal de la burguesía internacional. Esto desorienta al movimiento obrero organizado. Esto obstaculiza también la respuesta de los trabajadores a esta ofensiva, lo que constituye ante todo una necesidad material de clase.

El factor ideológico y los intereses sociales

Hay que distinguir los efectos de la ideología (el “nuevo pensamiento”) de las presiones y las medidas políticas concretas de Gorbachov, que son francamente contra-revolucionarias en relación a las luchas hoy en curso. Estas presiones y medidas son la prolongación de una práctica que era ya la regla bajo Stalin, Kruchov y Brezhnev.

Pero el peso del factor ideológico en el desarrollo real de los conflictos políticos en los Estados obreros burocratizados permanece subordinado a la confrontación de los intereses sociales reales. Es esta confrontación la que será decisiva en el período próximo.

A los trabajadores polacos se les puede arrebatarse la espectacular victoria política de Solidaridad sobre la tentativa de Jaruzelski de suprimir su organización a través del golpe de Estado militar de finales de 1981. Pero cualquiera que sea la influencia ideológica real (a menudo exagerada en el extranjero) de la Iglesia y el nacionalismo sobre ellos, éstos actuarán en masa por la defensa del nivel de vida, empleo y seguridad social alcanzado (por muy miserable que sea) en el momento en que cualquier gobierno, incluido el que dirige Solidaridad, ataque estos logros. En definitiva, son sus intereses y no cualesquiera “valores ideológicos” los que determinarán su comportamiento cotidiano, aún si están dispuestos a conceder un “tiempo de gracia” al primer gobierno, después de 43 años, que no está dirigido por estalinianos y que refleja incontestablemente mejor que los gobiernos precedentes las preferencias políticas de las masas populares.

Uno de los principales teóricos del anti-marxismo a escala mundial, el profesor polaco Leszek Kolakowski (ex-marxista), ha comprendido perfec-

tamente el dilema Solidaridad en esta situación: *"El nuevo gobierno ha heredado una economía en quiebra y un descontento derivado de ésta. Anteriormente, Solidaridad existía para defender a los trabajadores. Ahora, si el sentimiento cada vez más extendido de desesperación se transforma en motines -con o sin provocaciones de las fuerzas estalinianas del partido y la policía- Solidaridad se encontrará en una posición ambigua"* (The Times, 22 de agosto de 1989).

Pero un comportamiento ambiguo es incompatible con la función que la nomenklatura y el FMI han asignado a la coalición Solidaridad-POUP: avalar la austeridad, impuesta a la clase obrera para recibir nuevos créditos imperialistas y asegurar "el orden" y "la estabilidad" a todo precio como precondición de la pretendida "recuperación económica".

Jacek Kuron merece nuestro respeto por los años que pasó en prisión en Polonia. Sin sus tenaces esfuerzos, al comienzo "grupusculares", la explosión obrera de 1980 no se habría producido o, al menos, no antes de mucho tiempo. Pero el respeto que se le debe no puede ocultar la verdadera pesadilla que le espera. Si acepta apurar hasta las heces el cáliz de "la economía abierta al mundo" (es decir, a las reglas del juego del capitalismo internacional), en lugar de ser ministro de Trabajo del gobierno de Mazowiecki, corre el riesgo de convertirse en Ministro de la policía y la represión anti-obrera y anti-pluralista.

La cuestión en juego

Una estimación realista de las fuerzas sociales presentes en la URSS y en los otros Estados obreros burocratizados, de la relación de fuerzas al interior de estas sociedades y de la dinámica de las principales contradicciones socio-económicas, conduce a una conclusión nítida: la cuestión en juego en las luchas políticas hoy en curso no es la restauración del capitalismo. Sea el avance hacia la revolución política antiburocrática, sea la supresión parcial o total de las libertades democráticas alcanzadas por las masas en el curso de la glasnost, la lucha principal no opone fuerzas pro-capitalistas a fuerzas anti-capitalistas: opone la burocracia a las masas trabajadoras, es decir, en lo esencial (salvo en China y Vietnam), a la clase obrera.

La burguesía, pequeña y mediana, no constituye sino una minoría reducida de la sociedad en cada uno de los Estados obreros burocratizados. Actúa, sin duda alguna, en un contexto internacional que le resulta favorable. Goza de un apoyo, por lo demás muy limitado, del gran capital internacio-

nal. Pero de conjunto, esta convergencia de intereses resulta insuficiente para imponer, a corto o mediano plazo, cualquier restauración del capitalismo.

Por otra parte, ninguno de los observadores burgueses serios cree en la posibilidad de tal “restauración” por iniciativas políticas procedentes de fuerzas de derecha o de extrema derecha, ni en una restauración “espontánea” del capitalismo como simple resultado de la ampliación de los mecanismos de mercado. La única eventualidad un poco más realista, para llegar a este resultado, es la derivada de la apuesta del ala “reformadora” de la burocracia. Los temores de las tendencias dogmáticas van en el mismo sentido.

No son cualesquiera “capitalistas” soviéticos a los que se considera en poder de “restaurar el capitalismo” en la URSS. Este siniestro propósito es atribuido a Gorbachov (y en Polonia y Hungría a sus aliados locales). Algunos lo habían atribuido incluso a Deng Xiaoping en China.

En la base de esta interpretación de la dinámica social hoy en curso en la URSS se encuentra la incompresión de la naturaleza de la burocracia en tanto que capa (casta) social cristalizada que detenta un enorme poder sobre toda la sociedad y que goza de enormes privilegios materiales.

Cierto, la burocracia no es una nueva clase dominante. No tiene ni la estabilidad, ni los cimientos, ni la capacidad de auto-reproducción de la dominación a largo plazo que caracterizan a las clases dominantes en la historia. Pero en el momento en que su poder se ve amenazado no dispone por ello de una menor capacidad real de auto-defensa a corto y mediano plazo.

Sólo una minoría restringida tendría interés en (y sería capaz de transformarse en verdaderos empresarios de grandes firmas industriales o financieras, realmente independientes desde el punto de vista económico, es decir, en transformarse en propietarios privados capaces de transmitir esta condición a sus hijos. Para la gran mayoría de los burócratas, pequeños y medianos, pero también para los miembros de la nomenklatura (calculada en unas 300 mil familias en la URSS), la restauración del capitalismo implicaría una pérdida de poder y de ventajas materiales.

Suponer que la burocracia va en este sentido es suponer que está dispuesta a suicidarse en tanto que capa social cristalizada. Esto implicaría cometer un error paralelo al que consiste en pensar que en una situación de crisis aguda se pasaría con armas y equipo al campo del proletariado.

Trotsky predijo que en una situación de crisis grave, un “ala Reiss” favorable a la revolución política y un “ala Boutenko” favorable a la restauración del capitalismo se desprenderían de la burocracia bonapartista³. Pe-

ro Trotsky nunca afirmó que el conjunto de la burocracia se dividiría en un “ala Reiss” y un “ala Boutenko”.

Dos pruebas históricas decisivas se produjeron al respecto en la URSS. Las dos crisis más graves que la dictadura burocrática ha conocido fueron la de 1927-1933 y la de 1941-1943. En ambos casos, la mayoría de la burocracia y su dirección bonapartista ni optaron por la solución proletaria ni capitularon ante la burguesía. Se aferraron, por los medios más desesperados y a un costo terrible para las masas soviéticas, a la defensa de su propio poder. Y las dos veces lo hicieron con éxito.

Todos los que no comprendieron esta posibilidad -comenzando por los desafortunados “capituladores” de la Oposición de Izquierda alrededor de Piatakov- pagaron este error de juicio con su vida después de cometer terribles errores políticos. La lucha política y social en la URSS y en los otros Estados obreros burocratizados es y será durante todo un período una lucha triangular y no bipolar.

Este análisis, por lo demás, acaba de ser confirmado patentemente en la República Popular China. Deng Xiaoping jugó incontestablemente al aprendizaje de brujo al llevar la “liberalización” económica tan lejos como pudo y mucho más lejos que Gorbachov. Pero en el momento en que una grave crisis económica de “recalentamiento” resultó de ello, con el inicio del desmantelamiento de la planificación, un déficit incontrolable del presupuesto estatal y una inflación galopante, su respuesta no fue “la restauración del capitalismo” sino el retomar el control de la situación. Decenas de miles de burócratas fueron enviados a provincia y al interior de las empresas a imponer de nuevo el control del Estado sobre la economía. Este hecho precedió a la masacre de la plaza de Tienanmen. La burocracia china no se hizo el harakiri ni ante las “fuerzas espontáneas del mercado” ni ante las masas. Se aferró desesperadamente a la defensa de su poder y sus privilegios.

La cuestión del poder del Estado

Históricamente, a muy largo plazo, la burocracia no tiene porvenir ni destino propio. Pero para un período determinado, es capaz de defender su posición bonapartista. Este es el veredicto de 60 años de experiencia histórica. La burocracia no desaparecerá de la escena hasta que sea derribada por la acción política deliberada de otra fuerza social real, sea una clase burguesa sea la clase obrera. Vista la relación de fuerzas existente hoy en día, cuando menos en la URSS, es mucho más probable que sea eliminado por la segunda.

Y lo decimos bien: la acción política. Porque es el poder del Estado el que sigue siendo el factor decisivo. Ningún proceso económico espontáneo, ninguna “lógica interna” de los mecanismos mercantiles, pueden transformar la naturaleza social del Estado sin la intervención activa de fuerzas políticas buscando objetivos determinados.

Hoy en día, por más que lo digan periodistas impresionistas o gente que torna sus deseos por realidades, en Polonia y en Hungría es la nomenklatura burocrática y no “las fuerzas pro-burguesas” la que controla el aparato de Estado. Y en este hecho es apoyada por el Kremlin. Ciertamente, más discretamente que antes, pero no de manera menos real. Antes de que el gobierno de Mazowiecki se instalara en Varsovia, el Jefe del KGB hizo una visita destinada a avalar la nueva coalición en el gobierno (no en el poder: el matiz es importante). El discurso que Gorbachov pronunció en Berlín con motivo del XI aniversario de la RDA tuvo también sin ambigüedades ese objetivo.

El marxista estadounidense *Paul Sweezy* cree, por lo que a él hace, que con la excepción de Cuba y al RDA, se va, a la larga, hacia una restauración del mercado (*Monthly Review*, septiembre de 1989). Pasando por alto el hecho de que “a la larga” muchas cosas cambian y el hecho de que el mismo Sweezy olvida alegremente que apenas ayer afirmaba que una nueva clase dominante no capitalista estaba en el poder en todos estos países, he aquí a una “nueva clase dirigente” que se suprime a sí misma: una verdadera aventura de la dialéctica.

Pero lo esencial está en otra parte. Ni una sola vez Sweezy hace alusión al papel, la actividad, las reacciones y los intereses de la clase obrera. Ni siquiera es un peón sobre el tablero. No existe: los 350 millones de obreros de estos países fueron simplemente eliminados de la escena mundial...

Para nosotros, este teorema debe echarse atrás. Ningún cambio de régimen en cualquiera de estos países es posible sin violentos conflictos sociales, de los cuales la clase obrera será la actriz principal. Esta defenderá sus intereses. Sin su derrota severa al término de estos conflictos, ninguna restauración del capitalismo es posible. Por el momento, hay que prepararla para estas luchas y hay que prepararse, sin considerar la derrota como inevitable, en un momento en que la batalla todavía no ha sido entablada.

Una posición independiente pero no abstencionista

Todo el análisis precedente conduce a conclusiones políticas: los marxistas revolucionarios se esfuerzan, en todas las circunstancias, en defender los

intereses de clase inmediatos e históricos del proletariado. No se identifican ni con el ala gorbachoviana ni con el ala conservadora de la burocracia. Constituyen una tendencia política autónoma, independiente de toda fracción de la burocracia. Buscan su lugar en la clase obrera y en los aliados de esta y los sectores de la intelectualidad y la juventud que defienden los intereses del proletariado. Ven en la revolución política —"la revolución desde abajo"— el único medio de resolver positivamente los problemas a los que se ven confrontados la URSS, la República Popular China y los países de Europa Oriental.

NOTAS

1. Detrás de esta tesis está la identificación por Fidel Castro de relaciones mercantiles/monetaristas (que, por lo demás, subsisten igualmente en Cuba) con "métodos capitalistas", lo que es falso desde el punto de vista teórico. Las relaciones mercantiles existieron mucho antes del capitalismo, sin conducir automáticamente a él, y subsistirán mucho tiempo después de la desaparición del mismo.

2. Paradójicamente, en su discurso del 26 de julio de 1989, Fidel Castro afirmó: ¿Somos testigos de una transición pacífica del socialismo al capitalismo? Es posible; nosotros no nos oponemos" En cuanto a nosotros, pensamos, por el contrario, que no es posible —como es imposible una transición gradual del capitalismo al socialismo— y que, en todo caso, se debe estar en contra de tal transición.

3. Reiss, comunista polaco miembro del servicio de información del Ejército Rojo, rompió públicamente con Stalin y la Komintern después del primero de los Procesos de Moscú en 1936. Anunció públicamente su incorporación a la IV Internacional pero fue asesinado en Suiza poco tiempo después.

Boutenko diplomático soviético, rompió igualmente con Moscú, pero para unirse a las filas del fascismo italiano.

 **realidad
económica**

ADE

hipólito yrigoyen 1116 piso 4° 1086 buenos aires